3

autor | Germán Muñoz

El guerrero mira la cuchilla con un gesto ritual. Sin verla. Su mirada está puesta en la batalla que aún tardará horas en llegar. Hace un pequeño corte en el cuello del ganso y deja que la sangre borbotee en un cuenco. Asará el animal, pero no podrá comer más que un bocado.

Lo que le importa es la sangre del cuenco. La sangre será la leyenda que cuente que ya ha matado y que viene dispuesto a matar aún más. Enfrente tendrá a un igual, con suerte alguien que realmente no haya matado antes.

Vierte un poco sobre la arcilla rojiza del suelo. Y las remueve con el corazón y el índice de su mano derecha. Se lleva los dos dedos, unidos, al centro de la frente para imprimarla de una capa muy fina de barro.

Acerca la cara al fuego. Le reza a la llama. Le pide al fuego que le acompañe a la batalla, que se hinque en su pecho como un recuerdo del día que volverá a nacer mañana. Le pide un calor al que volver, y valor para volver vivo. Le pide que ciegue al enemigo, que le seque la boca y los ojos como le ha secado a él la arcilla de la cara.

Vuelve a llevar la mano al cuenco. Ahora embadurna su palma entera en sangre. Cierra su ojo derecho y lo cubre con la mano de sangre. Aprieta con fuerza unos segundos, antes de levantar el centro de la palma, arrastrando los dedos hacia abajo para que dibujen por sus mejillas los caminos por los que huirán las lágrimas.

Llega a la batalla. Hay gritos y humo. A su lado, sus hermanos. Enfrente, los hermanos del guerrero al que matará. Todos con la cara pintada de sangre. Todos escondiendo bajo esa máscara la única verdad que les ata a todos: que ellos también acuden muertos de miedo.

— *Pintura de Guerra*